

Folk

James Taylor, una leyenda fiable y balsámica

JAMES TAYLOR & BAND

Lugar: Gran Teatre del Liceu, Barcelona. Fecha: 14 de marzo.

DAVID MORÁN

No es James Taylor un artista que se haya prodigado demasiado por escenarios catalanes. Más bien al contrario: una actuación en Barcelona en las últimas dos décadas, una excursión veraniega al Festival de Cap Roig y poco más. Quizá por eso daba la sensación que su visita de anoche al Festival del Mileni puntuaba doble. O triple. Y no solo porque el trovador de Boston, activista del folk sanador, se colase en el Liceu e hiciera suyo tan colosal recinto.

El escenario imponía, pero aún más vérselas con un artista de aura legendaria que se presentó en modo antológico para medirse con un cancionero de gran belleza y sensibilidad. En la calle había vuelto el frío, sí, pero puertas adentro el estadounidense, acompañado de cuatro músicos de primera y tres voces esponjadas, construía una fortaleza de folk mullido. Suavidad y nostalgia para un músico al que se podría afejar un uso excesivo del retrovisor pero al que se le acaba perdonando cualquier cosa gracias al esmero con el que maneja su material de los setenta.

Porque, a la espera de que en mayo aparezca su nuevo álbum, el primero en trece años, un parlanchín Taylor se centró en repasar aquellos primeros trabajos con los que se convirtió en la perfecta encarnación del cantautor. Hubo tiempo también para estrenos -de su futuro trabajo adelantó «Today, Today, Today», con su traqueteo country, y el blues sedoso de «Stretch Of The Highway»- e incluso para una versión fina y segura del «Everyday» de Buddy Holly, pero el protagonismo se lo llevaron letanías floreadas como «Country Road», «Carolina On My Mind» o esa «Something In The Way She Moves» con la que comenzó, presentándola como la canción con la que se ganó a Paul McCartney y George Harrison.

El entreacto aplacó un poco los ánimos, pero se recuperaron en cuanto el público le cantó el cumpleaños feliz -el jueves cumplió 67- y Taylor respondió subiéndole los colores a «Hour That The Morning Comes» y «Steamroller». Momentos de distensión eléctrica y coqueteo con el blues y el soul prelude de un tramo final impecable. Un clímax de suavidad hipnótica alimentado por «Walking Man», «Fire & Rain», «Mexico» o, ya en los bises, «How Sweet It Is» y la inevitable «You've Got A Friend». Clásicos con los que el de Boston no hizo más que apuntalar su condición de leyenda fiable y balsámica.

El poeta y ensayista Geoffrey O'Brien traza su particular mapa sensorial de los años sesenta en «Tiempo de soñar»

La bruma lisérgica de los sesenta

DAVID MORÁN
BARCELONA

Geoffrey O'Brien nació en 1948 en Nueva York, creció bajo la alargada sombra de la amenaza nuclear, expresó los sesenta a conciencia y, dos décadas más tarde, trazó su propio mapa sensorial de aquellos maravillosos años en «Tiempo de soñar», lúcido y alucinada colección de postales que recibieron entre aplausos Susan Sontag y Jonathan Lethem. Dicho así parece fácil, pero no hay nada sencillo ni previsible en este ensayo publicado en 1988 y que Alpha Decay recupera ahora para presentar en español tan personalísimo «collage» de la época dorada de los hippies, el LSD y la contracultura.

«La gente recuerda la locura, el colapso general y a Charles Manson, pero hay muchos aspectos de esa época que se han olvidado, como el intento de construir modos de vida más civilizado, alejado del nerviosismo y la ansiedad», señala O'Brien, editor jefe de la Library of America y prestigioso comentarista cultural. En «Tiempo de soñar», pergeñado antes de convertirse con «Sonata For A Jukebox» en uno de los autores de cabecera de Bruce Springsteen, el también poeta entrelaza recuerdos y fogonazos y echa mano de conversaciones atemorizadas sobre Hiroshima y Múnich, películas de espías, excitantes siluetas de la *novelle vague*, pinceladas de pop art, excursiones lisérgicas y hippies transformados en ajetreños emprendedores, para ofrecer un retrato atípico y altamente lírico de aquellos sesenta de recuerdo casi mitológico. Una década que para O'Brien empezó mucho antes, en los años cincuenta, y murió por agotamiento con la llegada de Ronald Reagan. «Quería que un lector joven que no vivió aquel momento tuviera una sensación bastante cercana de lo que fue estar ahí», apunta el escritor.

Con todo, y pese a que buena parte de la década se explica a través de sus manifestaciones culturales y políticas, ya sea la dimensión narrativa de los cómics de la Marvel —«era como asistir a la escritura de 'La Odisea'», leemos— y de las protestas contra la guerra de Vietnam, a O'Brien le interesan especialmente los sesenta como momento de interconexión generacional. «Intento captar el modo en que viajaban las ideas de una persona a otra», asegura. Es aquí donde cobran especial protagonismo las drogas. O, dicho de otro modo: el LSD como acelerante definitivo. «Es parte esencial de la historia, ya que era la manera más primaria de la gente de entrar en otra perspectiva». Nada hu-



O'Brien pasa revista a los alucinados años sesenta

REUTERS

biese sido lo mismo, apunta el escritor, sin el ácido lisérgico. «El hecho de que los Beatles anunciaran que tomaban LSD fue una influencia incalculable.

“

La década prodigiosa
«El hecho de que los Beatles anunciaran que tomaban LSD fue una influencia incalculable. Fue como darle el sello de aprobado», sostiene Geoffrey O'Brien

Fue como darle el sello de aprobado. Y no hablamos de una idea, sino de un químico con efectos muy fuertes sobre el sistema nervioso. Y cuando tienes a toda una generación haciendo eso sin supervisión, el resultado puede ser tan impredecible como salvaje», explica.

Será por eso que los sesenta sólo podían acabar de una manera posible: a lo bruto y bastante mal. «Un montón de gente no sobrevivió a los sesenta, vivió horribles experiencias», asegura O'Brien, para quien aquella década prodigiosa sigue superando a los tiempos actuales al menos en una cosa: la libertad. «En aquel momento se especulaba con el control de la sociedad y era frecuente hablar sobre temas como la vigilancia, y la realidad es que ahora mismo vivimos en una sociedad mucho más controladora», concluye.